

## LA MENTE DE DON QUIJOTE

José María RUANO DE LA HAZA

*University of Ottawa*

Una de las diferencias más notables entre las dos partes del *Quijote* atañe a la naturaleza de la locura del hidalgo manchego. En la segunda parte, don Quijote ya no confunde molinos con gigantes, ni toma ventas por castillos, ni rebaños por ejércitos. Don Quijote no necesita modificar ahora la realidad visible de acuerdo con sus fantasías porque de ello se encargan los lectores de la primera parte, que se disfrazan de personajes fantásticos, como el Caballero del Bosque (cap. XII) construyen máquinas fabulosas, como Clavileño (cap. XLI), y crean representaciones teatrales como la del cortejo de encantadores y la profecía de Merlín (cap. XXXIV) para engañarle y divertirse con él. Y también le engaña, cruelísimamente, el mismo Sancho Panza cuando le asegura que tres labradoras que se acercan montadas en sendos asnos son Dulcinea y dos de sus doncellas. Sancho, que ya conoce bien el mundo caballeresco de su amo, las describe con todo lujo de detalles: «Sus doncellas y ella son una ascua de oro, todas mazorcas de perlas, todas son diamantes, todas rubíes, todas telas de brocado de más de diez altos; los cabellos, sueltos por las espaldas, que son otros tantos rayos del sol que andan jugando con el viento; y, sobre todo, vienen a caballo sobre tres cananeas remendadas, que no hay más que ver» (618).<sup>1</sup> Pese al gazapo de las cananeas remendadas, don Quijote lo cree; pero cuando se acerca a Dulcinea, todo lo que ve —él, que veía castillos donde había ventas— son «tres labradoras sobre tres borricos» (619). La capacidad que poseía su mente de transformar la realidad de acuerdo con el mundo fantástico de las novelas de caballerías parece haberle abandonado. Ahora es Sancho el

---

<sup>1</sup> Todas las referencias a las páginas del *Quijote* remiten a la edición del Cuarto Centenario, editada por la Real Academia Española.

que ve damas donde hay labradoras, mientras que don Quijote sólo puede ver la grosera realidad. Tanta influencia tiene la invención de Sancho en la mente de don Quijote que cuando ve a Dulcinea en la cueva de Montesinos la encuentra vestida tal y como su escudero la había descrito. «Conocila —respondió don Quijote— en que trae los mismos vestidos que traía cuando tú me la mostraste» (731).

En la primera parte, la novela de don Quijote (y me refiero solamente a la novela de caballerías que don Quijote vive en su mente, no a la novela que estamos leyendo o viviendo en nuestra mente de lectores) es consistente, coherente, como contada por una única voz narrativa, que es la que oye el protagonista; en la segunda, las voces narrativas se multiplican, ya que las aventuras surgen, no de la memoria literaria del hidalgo, sino de la mente de Sancho y la de los personajes lectores de la primera parte. El objetivo de este trabajo es proponer que el efecto de esta multiplicación de voces narrativas en la mente de don Quijote puede ser explicado hasta cierto punto con referencia a un libro tan original como controvertido publicado en 1976 por Julian Jaynes, profesor de Psicología de la Universidad de Princeton, con el título de *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind*.<sup>2</sup> El filósofo Daniel Dennett, en el prefacio que publicó en 1998 al trabajo que leyó quince años antes en el simposio organizado por la universidad canadiense de McMasters sobre el libro de Jaynes, declara que «many of the factual claims advanced in Julian Jaynes's 1976 cult classic [...] are false», pero añade a continuación que Jaynes «asked some very good questions that had never been properly asked before and boldly proposed answers to them» (*Brainchildren* 121). Por otro lado, Antonio Damasio, profesor de Neurología de la Universidad de Iowa y Premio Príncipe de Asturias de Investigación en 2005, considera las teorías de Jaynes sobre la evolución de la consciencia una «engaging thesis» (188); y Mel

---

<sup>2</sup> Traducido al castellano con el título de *El Origen de la Conciencia en la Ruptura de la Mente Bicameral*. Mexico: Fondo de Cultura Economica. 1987.

Thompson en su popular introducción a la Filosofía de la Mente, describe *The Origin of Consciousness*, como «one of the most fascinating books on the development of consciousness, primarily in the sense of self-awareness» (119). Sea ciencia o ficción,<sup>3</sup> la tesis central de Jaynes que resumo a continuación puede arrojar luz sobre la evolución de la mente de don Quijote en las dos partes de la novela cervantina, hasta tal punto que cabría preguntarse si la lectura del *Quijote*, libro que dada la importancia que posee en el mundo intelectual anglosajón no sería ilógico suponer que leyera Jaynes, no influiría en las ideas expresadas en su controversial libro.

Comparando la *Iliada* con la *Odisea*, Jaynes observó que los héroes de la *Iliada*, al contrario, por ejemplo, de Ulises, no poseen subjetividad, ni son introspectivos, ni usan de su iniciativa, ni planifican para el futuro; es decir, no parecen poseer autoconsciencia. Las decisiones las toman impulsados por las voces de una figura familiar o de los dioses. Aquiles, por ejemplo, se detiene antes de atentar contra la vida de Agamenón porque Atenea le tira de la blonda cabellera (I, 197); Zeus Cronida hace perder la razón a Glauco (VI, 234); Ares incita a luchar a los troyanos y Atenea a los griegos, y el Terror, la Fuga y la Discordia a entrambos pueblos (IV, 437). Según Jaynes, la interpretación usual de que los dioses de la *Iliada* son un recurso literario equivaldría a afirmar que Juana de Arco confesó a la Inquisición que oía voces simplemente como un recurso literario para comunicar su historia con más efectividad (79).

Audazmente, Jaynes propone que la *Iliada* refleja de hecho la mentalidad de los seres humanos de hace 3000 años. Según Jaynes, estos seres poseían una mente bicameral, una de cuyas cámaras estaba habitada por el poder teocrático o real, cuya voz el individuo obedecía como si fuese un autómatas; mientras que la otra estaba ocupada por su

---

<sup>3</sup> Para otros trabajos que defienden o atacan las teorías de Jaynes, véase la página de The Julian Jaynes Society: <http://www.julianjaynes.org>.

«mente experiencial», que es la que influye en nuestro vivir cotidiano (Elton 140-41).<sup>4</sup> La «mente experiencial» se forma, se desarrolla y aprende a vivir —a reconocer la realidad, a reaccionar, a recordar, a sentir y a pensar— por medio de un complejo proceso que incluye la percepción del mundo exterior, los instintos, las emociones, las necesidades primarias, la imitación y la memoria. Según Jaynes, los seres de mente bicameral poseían, como poseemos nosotros, una mente experiencial muy desarrollada, pero no reconocían la voz de la consciencia como suya propia sino que creían que emanaba de los dioses o de los líderes (75 y sig.). Jaynes nos recuerda que reyes y profetas han alucinado, algunos incluso han tenido verdaderas experiencias psicóticas, y que las multitudes adoptaron los delirios de los líderes. Las personas que no alucinaban perdían su capacidad de conductores o mensajeros divinos y se convertían en mero rebaño (149 y sig.).

Según Jaynes, la evidente lentitud de la actividad mental consciente sugiere que el cerebro no fue diseñado para tal función (20-47). De hecho un neurólogo, Benjamin Libet, ha medido el tiempo que tarda un proceso mental en convertirse en consciente. Sus experimentos revelan que la actividad neuronal es detectada en el cerebro aproximadamente 500 milisegundos *antes* de que el individuo se dé cuenta de lo que su mente experiencial ha hecho o dicho, o, más interesante todavía, de lo que ha pensado o sentido (Damasio 127-27, Gazzaniga 72-73, Crick 228-29). Vivimos, pues, en *un presente recordado*, en el que nuestra consciencia actúa, a veces, de monitor, juez, censor o editor de lo que la mente experiencial ya ha ejecutado. Daniel Dennett concuerda en que la consciencia es una reciente imposición, de carácter cultural, sobre una arquitectura funcional mucho más

---

<sup>4</sup> En su estudio sobre la filosofía de Dennett, Elton señala que el filósofo americano claramente distingue entre los dos niveles de consciencia, los cuales denominó «awareness<sub>1</sub>» y «awareness<sub>2</sub>» (141-42). Elton, sin embargo, prefiere llamarlos «behavioural awareness» y «narrative awareness», términos que yo traduzco imperfectamente por «mente experiencial» y «autoconsciencia».

temprana. (*Consciousness* 258-59). Esta arquitectura funcional, que excluye la consciencia, es la que, según Jaynes, poseían los seres de mente bicameral.

La mente bicameral la encuentra Jaynes no sólo en los griegos de la *Iliada*, sino también en los egipcios de los primeros faraones, los hititas, los sumerios y los primeros israelitas del Antiguo Testamento. Entre los libros más tempranos de la Biblia, está el de Amós, compuesto unos 800 años antes de Cristo. Según Jaynes, Amós es puro lenguaje bicameral que dicta un pastor analfabeto a un escriba (295-97). De hecho, las diferencias entre el libro de Amós y el Eclesiastés, que fue compuesto seis siglos después, son notables. El léxico de Amós, que es un libro muy corto, no incluye palabras como mente, pensar, sentir, comprender. Los diferentes episodios de Amós empiezan con frases como «Así ha dicho Jehová» (2, 1) o «Oíd esta palabra que ha hablado Jehová» (3, 1), etc.. Eclesiastés, por el contrario, es pura retrospección: «Y di mi corazón a inquirir» (1, 13); «Dije yo en mi corazón» (2, 1); «Propuse en mi corazón» (2, 3), etc.

En resumen, Jaynes postula que hubo un tiempo en la historia de la evolución de la humanidad en que los seres humanos poseían lenguaje, vivían socialmente, actuaban, sentían y tenían emociones, las cuales habían adquirido mediante un proceso de aprendizaje e imitación, pero no oían la voz de la consciencia. Lo que oían en su mente era la voz alucinada de los líderes y sacerdotes, los cuales, a su vez, interpretaban las voces que oían en sus propias mentes como mensajes de los dioses.

¿Cómo ocurre la ruptura de la mente bicameral, el cambio entre Amós y Eclesiastés, entre la *Iliada* y la *Odisea*, donde la individualidad de Odiseo, su inteligencia, su astucia, su elocuencia, marcan un claro contraste con el carácter de Aquiles, que actúa impelido por sus emociones, o por las voces de los dioses, pero no por su mente racional? Las causas, según Jaynes, son múltiples, pero la más importante fue el enfrentamiento de diferentes ideologías que tuvo lugar durante una época de expansión, comercio y conquista que ocurrió muy gradualmente

durante la primera mitad del último milenio antes de la era cristiana. El enfrentamiento de pueblos con diferentes mentes bicamerales, con diferentes dioses, diferentes voces, y diferentes mitos, hizo tambalear y eventualmente colapsar la mente bicameral (223 y sig.). Y de entre las ruinas de la mente bicameral emergió la voz de la consciencia y, con ella, el sentido de responsabilidad personal, el conocimiento del bien y el mal, la reflexión y, especialmente, la duda.

Ahora bien, uno de los rasgos que más llama la atención sobre el carácter de don Quijote, especialmente en la primera parte del libro, es su obstinación, su fe inquebrantable en su misión, por ridícula que parezca a otros. El personaje de don Quijote, tal como lo ha creado conscientemente Alonso Quijano, no duda. De hecho, la frase «sin duda» está siempre en su boca: «Estas voces, sin duda, son de algún menesteroso o menesterosa que ha menester mi favor y ayuda» (48); «aquellos bultos negros que allí parecen deben de ser y son sin duda algunos encantadores que llevan hurtada alguna princesa en aquel coche» (79); «—Puedeslo creer así, sin duda —respondió don Quijote—, porque o yo sé poco o este castillo es encantado» (146), etc.

Otra característica que llama la atención es su nostalgia de la edad dorada, cuando, como él mismo dice, «Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia [...] entonces no había qué juzgar ni quién fuese juzgado» (97-98). Aunque este discurso tenga una fuente literaria bien definida, puede también leerse como añoranza de una época mítica en que no había introspección, ni necesidad de ella, pues el ser humano no tenía que tomar decisiones, ni responsabilizarse, ni planear para el futuro.

Alonso Quijano *qua* don Quijote también oye voces. No son las voces de los dioses, pero sí las de los narradores y personajes de las novelas de caballerías que ha leído. Una vez que ha decidido convertirse en caballero andante, Alonso Quijano entrega la voluntad de su personaje a esas voces, y permite que ellas lo dirijan y le digan cómo ha de actuar y sentir y hablar en determinadas situaciones. La mente de don Quijote

funciona en la primera parte por imitación o por reacciones aprendidas de las novelas de caballerías. Cualquier sonido, objeto o persona puede convertirse en un estímulo que engendra en su mente imágenes caballerescas. En la aventura de los batanes, don Quijote (o, más bien, Alonso Quijano) confiesa a Sancho que «todo esto que yo te pinto son incentivos y despertadores de mi ánimo, que ya hace que el corazón me reviente en el pecho con el deseo que tiene de acometer esta aventura» (175). Estos despertadores de su ánimo le impulsan a la acción; y, una vez lanzado a ella, no hay evidencia de que su consciencia, o la de Alonso Quijano, intervenga para permitir o impedir la prosecución de la aventura. No hay reflexión, ni pausa, ni vacilación. Su consciencia no controla, ni juzga, ni participa. Don Quijote no considera las consecuencias de sus acciones, ni muestra sentimientos hacia los demás, ni es consciente de los destrozos o el daño que ocasiona, como se evidencia desde el principio en la aventura de Andrés y Juan Haldudo (cap. IV). Hay algo del automatismo del poseso en don Quijote. Tiene una idea fija y ni los avisos de Sancho, ni las protestas de los otros personajes pueden desviarle de la prosecución de una aventura.

Muchos lectores han observado la doble personalidad que exhibe don Quijote en la primera parte. Nabokov, por ejemplo, se sorprende del extraño contraste que halla entre la gravedad, la cortesía y el autocontrol del caballero en ciertas ocasiones y su furia, atropellamiento y violencia en otras (16). Eric Auerbach declara primero que don Quijote es un loco ridículo y dos páginas después (349) que posee la inteligencia, la nobleza, la educación y la dignidad de un hombre equilibrado. Pero estos distinguidos críticos no parecen haberse dado cuenta de que casi todo lo que dice don Quijote, en la primera parte al menos, es pura literatura. Nada está tomado de sus vivencias en la Mancha. Es más, cuando Sancho menciona algunas de estas vivencias, como por ejemplo el conocimiento de Aldonza Lorenzo, don Quijote pone bien en claro, mediante el cuento de la viuda y el mozo motilón, que no está interesado en la realidad (242-44). O cuando, Sancho otra vez, le dice que la que

creen ser princesa Micomicona no puede ser tal porque la ha visto «hocicando con alguno de los que están en la rueda», don Quijote se niega a creerle e indignado lo echa de su lado y lo llena de improperios (477-78). Incluso los sentimientos que exhibe don Quijote, especialmente los amorosos, son pura imitación, aprendidos de los libros y no de las experiencias de Alonso Quijano. Pero Alonso Quijano, el creador de este Quijote «bicameral», no basó su personaje exclusivamente en novelas de caballerías, sentimentales y pastoriles, sino también en obras filosóficas, religiosas y humanísticas, y de ahí provienen, entre otros, sus discursos sobre las armas y las letras y la edad dorada. Más que un caballero andante, Don Quijote es, en la primera parte, una biblioteca andante.

Todo cambia, sin embargo, en la segunda parte, cuando don Quijote encuentra versiones diferentes y conflictivas de su mundo caballeresco. Incluso se entera de la existencia de un segundo y quizás de un tercer don Quijote y de una versión alternativa de su historia. El Caballero del Bosque, que no es otro que el bachiller Sansón Carrasco, le dice en el capítulo XIV que ha vencido a un tal don Quijote de la Mancha, y el narrador comenta que: «Admirado quedó don Quijote de oír al Caballero del Bosque, y estuvo mil veces por decirle que mentía, y ya tuvo el mentís en el pico de la lengua, pero reportose lo mejor que pudo» (646). Al contrario de la primera parte, don Quijote ahora reflexiona y se controla y responde «sosegadamente». En el capítulo LIX, tanto Cervantes en la realidad como don Quijote en la novela, descubren que ese otro don Quijote existe realmente, pues un tal Avellaneda acaba de publicar un libro que cuenta la segunda parte de su historia. Don Quijote y Sancho encuentran en una venta a dos de los lectores de esa ilegítima segunda parte, los cuales prestan un ejemplar a don Quijote: «Y poniéndole un libro en las manos, que traía su compañero, le tomó don Quijote y, sin responder palabra, comenzó a hojearlo» (1001). Trece capítulos después, en el LXXII, don Quijote cena con don Álvaro Tarfe, uno de los personajes del *Quijote* de Avellaneda. Don Álvaro Tarfe dice a nuestro don Quijote que es grandísimo amigo de ese segundo, o tercer, don Quijote y lo



primero que el hidalgo manchego quiere saber es: «¿parezco yo en algo a ese tal don Quijote que vuestra merced dice?» (1090). Don Quijote, pues, no duda de la existencia de ese otro don Quijote, ya que aparece, como él, en un libro; sólo duda de que sea el verdadero don Quijote de la Mancha, y para demostrar su falsedad se niega, en un acto de voluntad que contradice la intención de su propio autor, a pisar Zaragoza, tal como se había anunciado al final de la primera parte: «Yo —dijo don Quijote— no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo. Para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor don Álvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza, antes por haberme dicho que ese don Quijote fantástico se había hallado en las justas de esa ciudad no *quise* yo entrar en ella» (1091). Notemos también cómo, en claro contraste con el Quijote de la primera parte, este don Quijote declara que no sabe si es el bueno, es decir el verdadero, el auténtico don Quijote.

En la segunda parte, pues, el personaje creado por Alonso Quijano halla abundantes pruebas de que su historia caballerescas está siendo contada, no por una única voz narrativa, coherente, fiel a las voces de los narradores de las novelas de caballerías que él conoce tan bien, sino por una cacofonía de voces que describen, presentan e interpretan la realidad (la realidad de su fantasía, de sus lecturas, de su esencia y personalidad) de una manera discordante, incluso opuesta, a la de la primera parte. Este conflicto de voces narrativas le lleva a la reflexión, a la duda, a cuestionar su propia esencia y personalidad, pues descubre que su sistema de creencias, tan cuidadosamente erigido, se está tambaleando; que la casa de ficción, tan solícitamente construida, se está resquebrajando. Las vacilaciones de don Quijote, incluso subconscientes, como se ve en el episodio de la cueva de Montesinos, los miedos, la incertidumbre sobre su misión, pero sobre todo las dudas, le conducen a través de la segunda parte a un *examen de consciencia*, al final del cual lo que estaba separado —la mente «bicameral» del personaje don Quijote y la autoconsciencia de su creador, Alonso

Quijano— vuelve a unirse; y donde había incomunicación hay ahora comunicación. El don Quijote dominado, como Aquiles, por las voces de otros se convierte, como Ulises, en un ser pensante, reflexivo y racional. Alonso Quijano ha recorrido a través de su creación el camino de la inconsciencia a la consciencia, el camino que lleva de Amós a Eclesiastés; ha vivido, representando su papel de don Quijote, un sueño alucinado, como el que vive Segismundo en el palacio de su padre (Ruano 39-44); un sueño que ha sido, como el del personaje de Calderón, dictado por las voces de otros; don Quijote ha pasado sus trabajos, y llega finalmente a la conclusión de que «Yo fui loco y ya soy cuerdo; fui don Quijote de la Mancha y soy ahora, como he dicho, Alonso Quijano el Bueno» (1103). Solamente eso: el bueno; no el heroico, no el grande, no el magno, no el abnegado amante de Dulcinea, no el personaje de una novela narrada por otras voces, sino el bueno de Alonso Quijano, que finalmente halla, o reencuentra, su propia voz.

## BIBLIOGRAFÍA

- AUERBACH, Erich. *Mimesis. The Representation of Reality in Western Literature*. Princeton: Princeton University Press, 1968.
- CERVANTES, Miguel de. *Don Quijote de la Mancha*. Ed. Francisco Rico. Madrid: RAE, 2005.
- CRICK, Francis. *The Astonishing Hypothesis. The Scientific Search for the Soul*. New York: Simon and Schuster, 1995.
- DAMASIO, Antonio. *The Feeling of What Happens. Body and Emotion in the Making of Consciousness*. San Diego: Harcourt, 1999.
- DENNETT, Daniel. «Julian Jaynes's Software Archeology», en Daniel Dennett, *Brainchildren. Essays on Designing Minds*. Cambridge, Mass.: MIT Press, 1998.
- DENNETT, Daniel. *Consciousness Explained*. Boston: Little, Brown and Co., 1991.
- ELTON, Matthew. *Daniel Dennett. Reconciling Science and our Self-Conception*. Cambridge: Polity Press, 2003.
- GAZZANIGA, Michael S. *The Mind's Past*. Berkeley: University of California Press, 2000.
- JAYNES, Julian. *The Origin of Consciousness in the Breakdown of the Bicameral Mind*. Boston: Houghton Mifflin, 2000.
- NABOKOV, Vladimir. *Lectures on Don Quixote*. Ed. Fredson Bowers. San Diego: Harcourt Brace Jovanovich, 1983.
- RUANO DE LA HAZA, José María, «Introducción». Pedro Calderón de la Barca, *La vida es sueño*. Madrid: Castalia, 2ª ed., 2000.
- THOMPSON, Mel. *Philosophy of Mind*. London: Hodder and Stoughton, 2001.